

DOMUND 2009 ANUNCIAD A TODOS EL EVANGELIO

CARTA PASTORAL DEL CARDENAL ARZOBISPO DE BARCELONA, DR. LLUÍS MARTÍNEZ SISTACH

Apreciados sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos y laicas de la archidiócesis, paz y bien en Jesucristo

Durante tres años hemos trabajado con ilusión y confianza los objetivos del Plan Pastoral diocesano 2006-2009. El hecho de dar por finalizado este Plan Pastoral no significa que los contenidos de sus objetivos ya puedan darse por alcanzados plenamente y en toda la archidiócesis. Tendremos que continuar trabajando en las preparaciones y en las celebraciones de la Eucaristía dominical, en la atención pastoral a los matrimonios y a las familias y en la transmisión de la fe a los jóvenes y en su participación en las comunidades cristianas. Se trata de objetivos perennes aquí y en todas partes.

Con la participación de todos hemos podido hacer una evaluación del trabajo realizado durante este último trienio en la aplicación de los contenidos del Plan Pastoral "Enviados para dar fruto". La evaluación ha resultado muy positiva. El Plan Pastoral ha ayudado a despertar la conciencia de pertenecer todos a una Iglesia diocesana, a reflexionar sobre la realidad de los tres objetivos en cada parroquia, arciprestazgo o movimiento e institución eclesial; ha ayudado a plantearse qué se podía hacer para alcanzar los objetivos citados y para programar y evaluar las acciones en orden a conseguir los objetivos del Plan Pastoral. Es para mí un motivo de satisfacción decir que, en general, se ha trabajado mucho en las realidades territoriales y funcionales de la archidiócesis. Demos gracias a Dios por ello y os lo agradezco muy cordialmente a todos los que lo habéis hecho posible.

Estos resultados positivos justifican que el Consejo Episcopal, con el parecer favorable del Consejo Presbiteral y del Consejo Pastoral Diocesano, haya preparado un nuevo Plan Pastoral. Como ya se hizo con el anterior, también en este caso se ha pedido a los diferentes organismos diocesanos que sugiriesen posibles objetivos para el nuevo Plan Pastoral. Agradezco mucho la rica participación proponiendo unos objetivos que en general han sido muy coincidentes. El Consejo Episcopal ha seleccionado los objetivos que eran más propuestos que coinciden en su importancia, teniendo en cuenta su contenido y su actualidad.

El nuevo Plan Pastoral diocesano "Anunciad a todos el Evangelio" incluye tres grandes objetivos pastorales prioritarios: 1º) Conocer, celebrar y vivir la Palabra de Dios; 2º) Crecer en la solidaridad en medio de la crisis económica; 3º) Participar los inmigrantes en las comunidades cristianas.

Sin embargo, además de estos objetivos pastorales propuestos, también se coincidió en proponer que la pastoral diocesana sea más y más misionera y evangelizadora. Ha parecido conveniente que esta propuesta, que ha sido la más mayoritaria, no se redujese a un objetivo más del Plan Pastoral, sino que sea la actitud y el espíritu que oriente, motive y configure toda la vida y la actividad de la Iglesia de Barcelona.

Los tres objetivos pastorales se han de conseguir por parte de todos los miembros y de todas las realidades territoriales y funcionales de la archidiócesis. Por esto, el Plan Pastoral señala unas acciones para cada uno de los tres objetivos. Son acciones indicativas que se consideran más realizables en los diferentes lugares y en las diversas realidades eclesiales. Pero son sólo indicativas, y existe la libertad

de que se puedan hacer otras acciones, si se consideran más convenientes para alcanzar el objetivo pastoral respectivo.

Una pastoral diocesana misionera y evangelizadora

Un grupo de cinco ciudades europeas de mucha magnitud programaron la celebración de una misión para la evangelización de las grandes ciudades. Se celebró sucesivamente en Lisboa, París, Viena, Bruselas y Budapest. Nos planteamos si esta iniciativa convenía realizarla en nuestra ciudad de Barcelona por la similitud que tiene con esas ciudades. El Sr. Obispo Auxiliar de París, Mons. Nahmias, que tuvo a su cargo la organización de esta misión en la capital francesa, informó a todos los sacerdotes sobre la naturaleza, finalidad y realización de aquel acontecimiento, y los sacerdotes que desearon hacerlo expresaron por escrito su opinión sobre la conveniencia de celebrar la misión en la ciudad de Barcelona. También esta cuestión fue objeto de estudio y reflexión en el Consejo Pastoral Diocesano y en el Consejo Presbiteral.

Hubo coincidencia en que, más que una celebración puntual en la ciudad de Barcelona de una misión similar a la realizada en aquellas cinco capitales europeas, nos convenía mucho que toda la pastoral diocesana fuese más misionera y evangelizadora y que el trabajo de preparación que pediría aquella misión y su celebración se convirtiera en un trabajo constante en toda la archidiócesis y no sólo en la ciudad de Barcelona.

Todos somos conscientes – tal como afirmamos el año 2007 los obispos de Cataluña- de que “hemos de asumir plenamente que nuestra situación en estos comienzos del siglo XXI, es de misión. Y asumirlo gozosamente. Somos ciertamente frágiles”¹. El futuro de nuestras Iglesias de Europa tiene un nombre pastoral de misión.

Si es verdad que siempre la pastoral ha de ser evangelizadora, hoy es todavía más necesario y urgente, teniendo en cuenta la realidad religiosa de nuestro Occidente europeo y de nuestra tierra. Estamos ante un distanciamiento, cada vez más radical, de la fe y de la antropología cristiana. Como ha afirmado Benedicto XVI, “naciones que en un tiempo tenían una gran riqueza de fe y de vocaciones ahora están perdiendo su identidad, bajo el influjo nocivo y destructivo de una cierta cultura moderna”. Hay quien, habiendo decidido que “Dios ha muerto”, se declara a sí mismo “dios”, considerándose el único agente de su propio destino, el propietario absoluto del mundo.

Puede aplicarse muy bien a nuestra realidad el pensamiento de Juan Pablo II sobre la sociedad europea occidental: “El tiempo que estamos viviendo se nos presenta como una época desconcertante. Muchos hombres y mujeres parecen desconcertados, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo”².

El encuentro con la Persona de Cristo

Hemos de salir para anunciar a Jesucristo en todas partes y a todas las personas allí donde se encuentren. No podemos olvidar lo que nos ha dicho Benedicto XVI en su primera encíclica, que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida”³. Esta persona es Jesucristo.

¹ *Creer en el Evangelio y anunciarlo con nuevo ardor*, febrero 2007, n. 8.

² *Ibid.*, n. 7.

³ *Dios es amor*, 1.

Hemos de tomar una mayor conciencia de que, como decía Pablo VI, el deber de evangelizar a todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Evangelizar es, en efecto, la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar⁴.

Actualmente son muy urgentes estas palabras de Juan Pablo II: "La Iglesia ha de ofrecer a Europa el bien más precioso y que nadie más le puede dar. La fe en Jesucristo, fuente de esperanza que no defrauda, don que está en el origen de la unidad espiritual y cultural de los pueblos europeos, y que todavía hoy y en el futuro puede ser una contribución esencial a su desarrollo y a su integración"⁵.

La Palabra de Dios personificada sale del templo y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, la justicia y la paz. Como dice el "Mensaje al Pueblo de Dios" del último Sínodo episcopal, "también en la moderna ciudad secularizada, en sus plazas y en sus calles... hay un deseo escondido, una esperanza germinal, una conmoción de esperanza. Como se lee en el libro del profeta Amós, 'vienen días en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír mi palabra' (Am 8,11). A esta hambre quiere responder la misión evangelizadora de la Iglesia"⁶.

Resuenan en nuestro corazón estas palabras de Jesús, lanzando un llamamiento a los apóstoles vacilantes en salir de las fronteras de su horizonte protegido: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado"⁷.

El testimonio de vida

Todos somos responsables de la evangelización, es decir, de anunciar a Jesucristo a los hombres y a las mujeres que nos rodean. Y esto ha de hacerse con el testimonio de la vida. Por medio de un buen testimonio, los cristianos logran que quienes contemplan su vida tengan que plantearse unos interrogantes irresistibles: ¿por qué son así?, ¿por qué viven de esta manera? El testimonio es la proclamación silenciosa, pero muy fuerte y eficaz, de la buena nueva.

El hombre contemporáneo tiende a escuchar más a los testigos que a los maestros o, si escucha a los maestros, es porque son testigos. San Pedro lo expresaba bien cuando evocaba el espectáculo de una vida pura y respetuosa, porque "si alguno se muestra rebelde a la Palabra, sea ganado por la conducta"⁸.

Con todo, esto continúa siendo insuficiente, porque el más espléndido testimonio a la larga se revelará impotente si no queda aclarado, justificado, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. Como afirmaba Pablo VI, "la buena nueva proclamada por el testimonio de la vida habrá de ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay verdadera evangelización mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios"⁹. San Pablo fundamenta estas palabras diciéndonos: "¿Cómo podrán creer en aquel a quien no han oído? ¿Cómo

⁴ Cf. *La evangelización en el mundo contemporáneo*, 8 de septiembre de 1975, n. 14.

⁵ *La Iglesia en Europa*, n. 18.

⁶ N. 10.

⁷ Mt 18, 19-20.

⁸ 1 Pe 3,1.

⁹ *La evangelización en el mundo contemporáneo*, n. 22.

oirán sin que se les predique?... Porque la fe viene de la predicación y la predicación viene por la palabra de Cristo"¹⁰. Esta ley, anunciada un día por la palabra de Pablo, conserva todavía hoy toda su fuerza.

Además de la proclamación del Evangelio que podríamos llamar colectiva, la forma de su transmisión de persona a persona conserva toda su validez. El Señor la practicó a menudo y los Apóstoles también. La urgencia de anunciar la buena nueva a las masas no nos puede llevar al olvido de esta forma de anuncio, por medio de la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella la influencia de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre¹¹.

Anunciar a Jesucristo a todos los hombres

El Concilio Provincial Tarraconense, celebrado el año 1995, que se preguntó "Espíritu, ¿qué dices a las Iglesias de la Tarraconense?", tuvo la finalidad de cómo evangelizar nuestra sociedad catalana. Por esto, en el prefacio de las resoluciones del Concilio se dice que "la Iglesia tiene la misión de anunciar a Jesucristo a todos los hombres sin ninguna coacción mundana, de comunicar a los creyentes la vida divina por la gracia del Espíritu Santo en los sacramentos y de ayudar a los creyentes a vivir la fe y el amor".

Hemos vivido con gozo el Año Paulino, con motivo del bimilenario del apóstol de las naciones, y vienen a nuestra memoria estas palabras de Pablo llenas de espíritu misionero y evangelizador: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria: es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!".¹² Pablo evangelizó y nosotros hemos de evangelizar porque, como decía Juan Pablo II, "la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está todavía muy lejos de cumplirse".¹³

La Biblia nos invita repetidamente a "no callar", a "gritar con fuerza", a "anunciar la Palabra de Dios en los momentos oportunos e inoportunos", a ser anunciadores que rompan el silencio de la indiferencia religiosa. Porque amamos mucho a los hombres y mujeres que nos rodean, deseamos ofrecerles lo mejor que tenemos para que nuestra alegría sea también la suya. Deseamos anunciarles a Jesucristo, Dios y hombre, único Salvador.

Benedicto XVI, en la homilía del anuncio de su pontificado, puso de relieve que muchos de los problemas que se padecen en estos momentos tienen su raíz en el vacío de interioridad y de trascendencia que nos invade. El Papa dijo: "La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él el hecho que muchas personas vayan errantes por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la *pobreza*, el desierto del *hambre* y de la *sed*, el desierto del *abandono*, de la *soledad*, del *amor roto*. Existe también el desierto de la *oscuridad de Dios*, del *vacío* de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad del hombre. Los desiertos exteriores se han multiplicado en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por esto, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios en el que todos puedan vivir, sino que están subyugados al poder de la explotación y de la destrucción. La Iglesia en su conjunto, como también sus Pastores, ha de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquél que nos da la vida y la vida en plenitud. Dios ama al hombre. Este es el anuncio simplicísimo que la Iglesia dice al hombre.

¹⁰ Rm 10, 14.17.

¹¹ Cf. Pablo VI, *La evangelización en el mundo contemporáneo*, n. 46.

¹² 1 Co 9,16.

¹³ *La misión del Redentor*, 7 de diciembre de 1990, n. 1.

La palabra y la vida de cada cristiano pueden y han de hacer resonar este anuncio: Dios te ama, Cristo ha venido para ti; para ti Cristo es "el Camino, la Verdad y la Vida"¹⁴.

La misión es un indicador de nuestra fe

Por esto, hemos bautizado el nuevo Plan Pastoral diocesano con estas palabras de Jesús que nos dirige a todos los miembros de la Iglesia: "Anunciad a todos el Evangelio"¹⁵. El Señor ha tenido la iniciativa de escucharnos y lo ha hecho para enviarnos a todas partes para dar fruto. Con este espíritu misionero y evangelizador por parte de todos los diocesanos hemos de trabajar el nuevo Plan Pastoral y deseamos que los frutos que hemos de dar estén animados e inspirados por el anuncio de la Buena Nueva de la Salvación de Jesús a todos.

No hay duda de que todos estamos viviendo nuestra vida cristiana y eclesial con este mismo espíritu. Es motivo de gozo y gratitud a Dios constatar esta gozosa realidad de nuestra Iglesia de Barcelona. No obstante, hemos de intensificar este espíritu misionero y evangelizador. Anunciar a Jesucristo a los hermanos allí donde se encuentren es una manifestación de nuestra gozosa condición de cristianos y a la vez nos llena de satisfacción, a pesar de la dificultad que comporta realizarlo en medio de una sociedad en la que se respira, en general, un clima de agnosticismo y de indiferencia religiosa. En la medida en que nosotros vivimos más y mejor nuestra fe, la felicidad que esto nos da nos impulsa y nos anima a hacer partícipes de ello a las personas que nos rodean y a las que estimamos.

Juan Pablo II, en su encíclica "La misión del Redentor", afirma que "la misión es un problema de fe, es el indicador exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros"¹⁶. Nuestro espíritu misionero y evangelizador es un indicador de nuestra fe. En la historia de la Iglesia el impulso misionero y evangelizador ha sido siempre un signo de vitalidad, así como su disminución es el signo de una crisis de fe. Es indudable que la evangelización renueva a la Iglesia, fortalece la fe y la identidad cristiana y da un nuevo entusiasmo y unas nuevas motivaciones. La fe se fortalece comunicándola.

Espiritualidad sólida y auténtica

Es necesario y urgente el anuncio claro y explícito de Jesucristo, el único Salvador, evitando en nuestra acción evangelizadora caer en la tentación de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, como una especie de ciencia para vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha producido una "gradual secularización de la salvación", a causa de la cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la sola dimensión horizontal. La auténtica evangelización presenta a Jesús que vino a traernos la salvación integral, que incluye a todo el hombre y a todos los hombres y los abre a los admirables horizontes de la filiación divina.

Os invito a todos, con coraje evangelizador, a dar prioridad al espíritu de la nueva evangelización. Dejémonos evangelizar más plenamente y hagamos más acogedora nuestra fe y nuestra Iglesia, casa y escuela de comunión, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las esperanzas profundas de los hombres¹⁷.

¹⁴ Jn 14, 6.

¹⁵ Mc 16,15.

¹⁶ N. 11.

¹⁷ Cf. Juan Pablo II, *En el inicio del tercer milenio*, 6 de enero de 2001, n. 43.

Ser evangelizadores nos pide ser hombres y mujeres de Dios, vivir la vida cristiana con una auténtica y sólida espiritualidad para conocer, amar e imitar más y más a Jesucristo, que nos invita a amar a Dios y a los hermanos con generosidad y radicalidad, alcanzando así la primera y fundamental vocación de los bautizados, que es la vocación a la santidad. Como afirmaba Pablo VI, "es necesario que nuestro celo evangelizador surja de una verdadera santidad de vida, alimentada por la oración y sobre todo por el amor a la Eucaristía"¹⁸. El mundo reclama y espera de nosotros simplicidad de vida, espíritu de oración, caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y marginados, humildad, olvido de nosotros mismos y renuncia. Sin esta impronta de la santidad, nuestra palabra difícilmente hará su camino en el corazón del hombre de nuestro tiempo, con el riesgo de resultar vana e infecunda.

Los pastores hemos de prestar una atención infatigable hacia los que han recibido la fe, para ayudarles a profundizar, consolidar, alimentar y hacer madurar cada vez más su fe. Sabemos que es una fe expuesta a pruebas y amenazas, todavía más, una fe asediada y combatida. Una fe que corre el riesgo de morir por asfixia o inanición, si no es alimentada y sostenida cada día de la forma debida.

Espiritualidad de comunión

El espíritu misionero y evangelizador ha de ir acompañado necesariamente de la espiritualidad de comunión. Una pastoral diocesana evangelizadora es necesario que sea también una pastoral diocesana de comunión, una comunión realizada y vivida por todos.

Fue Juan Pablo II el que dibujó la espiritualidad de comunión que hemos de vivir los cristianos, los miembros de la Iglesia y de las diversas comunidades eclesiales. Esta espiritualidad es la mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y hemos de reconocer en los hermanos que nos rodean; es la capacidad de sentir al hermano en la fe como alguien que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad; es la capacidad de vivir primordialmente cuanto hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios para mí, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente; finalmente, es saber dar un espacio al hermano, llevando las cargas los unos de los otros, y rechazando las tentaciones egoístas que nos asedian y generan competitividad¹⁹.

El documento conclusivo de la V Conferencia General del episcopado latinoamericano de Aparecida, de mayo de 2007, habla de la alegría de los cristianos, discípulos y misioneros de Cristo: "La alegría del discípulo es un antídoto frente a un mundo temeroso ante el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta, sino que es una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena nueva del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado es para nosotros lo mejor que nos ha ocurrido en la vida y darlo a conocer con nuestra palabra y nuestras obras es nuestro gozo"²⁰.

Sacerdotes y laicos en la pastoral evangelizadora

¹⁸ *La evangelización en el mundo contemporáneo*, n. 76.

¹⁹ Cf. *En el inicio del nuevo milenio*, n. 43.

²⁰ N. 32.

Todos los miembros del Pueblo de Dios están llamados a realizar la única misión de la Iglesia que consiste en la evangelización. Así pues, todos los bautizados – pastores, diáconos, religiosos, religiosas, laicos y laicas- tienen esta vocación eclesial y han de colaborar intensamente en la pastoral evangelizadora de nuestra Iglesia diocesana ²¹.

Hemos de valorar y agradecer con gozo el trabajo que realizan los presbíteros en el ejercicio fiel y generoso de su ministerio sacerdotal y en el servicio a las comunidades parroquiales, movimientos e instituciones eclesiales. El ministerio de los sacerdotes es imprescindible e insustituible en la realización de la misión de la Iglesia y en la programación y ejecución de una pastoral diocesana misionera y evangelizadora. Hay que dar las gracias a aquellos miembros de nuestro presbiterio diocesano que han sido enviados a las Iglesias hermanas de Calama (Chile) y de Yagoua (Camerún), motivados por un auténtico sentido misionero, así como a los religiosos, religiosas y laicos que proceden de nuestra diócesis y son misioneros y misioneras en países lejanos.

En este Año Sacerdotal que el Papa Benedicto XVI ha propuesto a la Iglesia, con motivo del 150 aniversario de la muerte del párroco de Ars, San Juan María Vianney, es un momento muy oportuno para que los sacerdotes profundicemos en la identidad sacerdotal, en la teología sobre el sacerdocio y en el sentido de la vocación y misión de los sacerdotes en la Iglesia y en la sociedad. El Papa ha indicado que con este Año se quiere “favorecer la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la que depende, sobre todo, la eficacia del ministerio”.

En el escrito de la Congregación para el Clero en el que se presentó este Año Sacerdotal se dice que no ha de ser en modo alguno un acontecimiento espectacular, sino que ha de ayudar a “vivir con renovación interior el redescubrimiento alegre de la propia identidad, de la fraternidad en el propio presbiterio y de la relación sacramental con el propio Obispo”.

Sólo a partir de la unión con el Señor pueden conseguir los pastores aquella fecundidad espiritual que genera esperanza en el ministerio pastoral. En la actualidad, como en los difíciles tiempos del párroco de Ars, es muy necesario que los sacerdotes, con su vida y con sus obras, se distingan por un vigoroso testimonio evangélico y evangelizador.

Misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad

Benedicto XVI, en su carta a los sacerdotes con motivo de este Año, nos dice que “para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con esto la eficacia de nuestro ministerio, hemos de preguntarnos constantemente: ¿estamos realmente impregnados de la Palabra de Dios? ¿Es ella verdaderamente el alimento del que vivimos más de lo que lo puedan ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos?” Y el Papa concluye: “Así como Jesús llamó a los Doce para que estuviesen con Él (Mc 3,14) y sólo después los envió a predicar, también en nuestros días los sacerdotes están llamados a asimilar el “nuevo estilo de vida” que el Señor Jesús inauguró y que los apóstoles hicieron suyo”.

²¹ Es interesante el reciente documento de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, *Discípulos y misioneros de Cristo para que América Latina tenga vida*, Aparecida, 13-31 de mayo de 2007, en *Documents d'Església*, n. 910, 39-64; n. 911, pp. 65-96; n. 912, pp. 97-128 i n. 913, pp. 137-140.

Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da una unidad profunda a las mil tareas que nos reclaman a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica, es esta finalidad que está presente en toda nuestra acción: anunciar el Evangelio de Jesucristo.

La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los demás sacerdotes al servicio de la parroquia. Han de ser unos ardorosos misioneros que viven el anhelo constante de buscar a los alejados. En la actualidad esta actitud es absolutamente necesaria. En una parroquia renovada se multiplican las personas que prestan servicios y en ella aumentan los ministerios. Es necesaria la imaginación para encontrar una respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad, exigiendo nuevos servicios y ministerios. La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar la existencia de una comunidad misionera y evangelizadora.

Benedicto XVI ha dicho que con este Año Sacerdotal se pretende ayudar al Pueblo de Dios "a percibir cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea". Por ello, por parte de los sacerdotes y de los fieles habrán de valorarse muchísimo las vocaciones sacerdotales, se deberá hacer la propuesta de esta vocación a los jóvenes cristianos y habrá que orar insistentemente para que el Señor nos conceda vocaciones en número suficiente.

La misión propia y específica de los laicos

Los fieles laicos son "los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el Pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo"²². Son miembros vivos de la comunidad cristiana que se alimentan con la palabra, la Eucaristía y los otros sacramentos, sirven y edifican la comunidad. Por esto, la participación de los laicos y laicas es indispensable para llevar a cabo una pastoral evangelizadora anunciando con su testimonio de vida y con su palabra a Jesucristo, nuestro único Salvador. Y son muchísimos los laicos y laicas que están trabajando hoy intensamente en la evangelización de nuestra sociedad y que se plantean cuáles han de ser los caminos y los medios actuales para realizar este servicio eclesial tan necesario y urgente.

Los laicos cristianos están llamados a dar testimonio de que la fe cristiana es la única respuesta completa a los interrogantes que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad y ellos pueden insertar en el mundo los valores del Reino de Dios, promesa y garantía de una esperanza que no defrauda.

Con todo, esta tarea evangelizadora la realizarán de acuerdo con su misión propia y específica, que es vivir en el mundo, de tal manera que contribuyan a la transformación de las realidades y a la creación de unas estructuras justas de acuerdo con los criterios del Evangelio. Como afirmó el Episcopado latinoamericano en el reciente documento de Aparecida, "al participar de esta misión, el discípulo camina hacia la santidad. Vivirla en la misión conduce al corazón del mundo. Por esto, la santidad no es una huida hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso, tampoco es un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos del mundo y, mucho menos, una huida de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual"²³.

²² *Lumen gentium*, 31.

²³ N. 148.

La evangelización de nuestro país no se puede realizar hoy sin la colaboración de los laicos. Esto exige por parte de los pastores una mayor apertura de mentalidad a fin de que éstos comprendan y acojan el "ser" y el "hacer" del laico en la Iglesia, que es discípulo y misionero de Jesucristo. En este contexto, el fortalecimiento de asociaciones, de movimientos apostólicos, de itinerarios de formación cristiana y de comunidades cristianas y nuevas comunidades son un signo esperanzador. Todas estas realidades son una ayuda para que muchos bautizados asuman con mayor responsabilidad su identidad cristiana y colaboren más activamente en la pastoral evangelizadora.

La vocación y el compromiso de ser hoy evangelizadores demandan una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades. En el proceso de esta formación podemos explicitar cuatro aspectos fundamentales.

El encuentro con Jesucristo, como lo tuvieron los apóstoles, es indispensable. Este encuentro ha de ser renovado constantemente por medio del testimonio personal, el anuncio del kerygma y la acción evangelizadora de la comunidad.

La conversión es la respuesta inicial de quien ha acogido al Señor con admiración, creen en Él gracias a la acción del Espíritu Santo, se decide a ser su amigo, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es conseguir la vida.

El discipulado ayuda a madurar constantemente en el conocimiento, el amor y el seguimiento de Jesús Maestro. Es fundamental la catequesis permanente y la vida sacramental, que fortalecen la conversión inicial y permiten que los evangelizadores puedan perseverar en la vida cristiana y en la misión en medio de un mundo que les desafía. La comunión es imprescindible, porque no puede haber vida cristiana si no es en comunión.

La misión: el cristiano, a medida que conoce y ama a Jesús, experimenta la necesidad de compartir con los demás su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo²⁴.

Primer objetivo: Conocer, celebrar y vivir la Palabra de Dios

El mensaje al Pueblo de Dios que el Sínodo Episcopal sobre la Palabra de Dios nos entregó, comienza proponiendo nuevamente la voz y la luz de la Palabra de Dios, repitiendo el antiguo llamamiento: "La Palabra está bien cerca de ti; está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica"²⁵. Y recuerda lo que nos ha dicho Dios: "Hijo del hombre, todas las palabras que yo te dirija, guárdalas en tu corazón y escúchalas atentamente"²⁶.

El Concilio Provincial Tarraconense dedicó una parte de sus resoluciones a la Palabra de Dios como la fuente de vida de la Iglesia. En la primera de estas resoluciones se afirma categóricamente que "la Iglesia escucha la Palabra de Dios y la proclama como palabra de salvación"²⁷. Por esto, el mismo Concilio pide insistentemente que cada cristiano escuche la Palabra de Dios, la lea personalmente y la celebre en la Iglesia²⁸.

²⁴ Cf. *Discípulos y misioneros de Cristo para que América Latina tenga vida*, nn. 276-278.

²⁵ Dt 30.14.

²⁶ Ez 3,10.

²⁷ Resolución 48.

²⁸ Cf. Resolución 48.

Benedicto XVI, en la homilía de inauguración del Sínodo episcopal dedicado a la Palabra de Dios, dijo que "todos experimentamos la necesidad de poner en el centro de nuestra vida la Palabra de Dios, de acoger a Cristo como nuestro único Redentor, de lograr que su luz ilumine todos los ámbitos de la humanidad: desde la familia hasta la escuela, desde la cultura hasta el trabajo, desde el tiempo libre hasta los otros sectores de la sociedad y de nuestra vida". El Concilio vaticano II ha afirmado que "en los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos"²⁹.

La Palabra de Dios es el alimento de la vida cristiana y ha de animar toda la actividad pastoral de las comunidades y realidades de Iglesia a fin de asegurar que todo lo que hacemos sea expresión de aquello que creemos. Sabemos que "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"³⁰.

La Palabra de Dios, en efecto, es "más dulce que la miel, más que el jugo de panales"³¹, "para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero"³². Es como una lluvia que empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar, haciendo así que florezca también la aridez de nuestros desiertos espirituales³³. Pero también es "viva y eficaz y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón"³⁴.

Cuando nos acercamos a la Biblia y la leemos como lo que es, Palabra de Dios, deseamos acoger y entender el mensaje revelado por el Señor de la gloria. Hay en todos los cristianos un anhelo para captar con objetividad el sentido más auténtico de lo que Dios nos ha querido decir con la inspiración de los libros sagrados. Para conseguirlo, hemos de comprender que la Biblia por su origen, por su naturaleza y por su fin, precisa de ser leída en el ámbito vital de la tradición apostólica, de la que es inseparable y en la que la Iglesia va creciendo por obra del Espíritu Santo. Es lo que afirma el Concilio Tarraconense cuando pide que entremos en la Biblia "bajo la guía del Espíritu Santo, en el interior de la gran Tradición de la Iglesia y de la interpretación auténtica del Magisterio"³⁵.

Jesús nos pide sencillez para acercarnos a la Palabra de Dios y para comprenderla. Él ha hecho esta plegaria: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños"³⁶. En este sentido, la Pontificia Comisión Bíblica afirma que "hay que alegrarse por ver que gente humilde y pobre toma la Biblia en sus manos y puede aportar a su interpretación y actualización una luz más penetrante, desde el punto de vista espiritual y existencial, que la que le viene de una ciencia segura de sí misma"³⁷.

En general, tenemos un conocimiento insuficiente de la Biblia. El 50 % de las familias españolas tienen la Biblia en su casa. Pero sólo un 2% la utilizan para hacer de ella una lectura asidua. San Jerónimo afirmaba que "la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo"³⁸. San Juan Crisóstomo afirma: "¿Hay algo más

²⁹ *Dei Verbum*, 21.

³⁰ Dt 8,3; Mt 4,4.

³¹ Sal 19,11.

³² Sal 119, 105.

³³ Cf. Is 55. 10-11.

³⁴ He 4,12.

³⁵ Resolución 48.

³⁶ Mt 11,25.

³⁷ *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, IV, C.3.

³⁸ *Commentum in Isaiam*, Prol.: Pl 24,17.

grave y más pecaminoso que no leer la Escritura y creer que su lectura es inútil y no sirve para nada?"³⁹.

Los cristianos hemos de ser discípulos de la Palabra de Dios. El discípulo ha de tener familiaridad con la Palabra de Dios. Esta familiaridad es un don del Señor. Este don recae más connaturalmente sobre los santos y los sencillos de corazón. El discípulo ha de tener la sensibilidad del profeta, ya que todos por el bautismo participamos de la condición profética de Cristo. El profeta es aquel que se estremece de gozo por la Palabra de Dios: "Cuando representaban tus palabras, yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y una alegría del corazón, porque he sido consagrado a tu nombre, Señor Dios todopoderoso"⁴⁰. El discípulo del Señor ha de tener docilidad a la Palabra de Dios. Cuando la Palabra, vencidas todas las resistencias, llega al centro del corazón, el creyente le entrega su mente, prefiere la lógica de Dios a su propia lógica: "los mandatos del Señor son más dulces que la miel en la boca"⁴¹.

A todos los cristianos nos es muy necesario y urgente adentrarnos en la Palabra de Dios. Esto es lo que pretende el primer objetivo del Plan Pastoral. Nos podemos preguntar: ¿cómo colaborar con el Espíritu Santo para que la Palabra de Dios sea palabra de vida para nosotros? ¿Cómo realizar una lectura verdaderamente espiritual de la Escritura?

Un camino para alcanzarlo es la lectura asidua de la Biblia. La asiduidad es un elemento muy relevante porque permite el acceso a un conocimiento sapiencial, es decir, experiencial y connatural de la Escritura, mucho más nutritivo que el conocimiento puramente exegético.

Otro camino consiste en el estudio de la Palabra de Dios. El Concilio Provincial Tarraconense se hace eco de esto cuando recomienda a las parroquias y a las demás comunidades eclesiales que programen una reflexión bíblica en grupo con el fin de iniciar a los cristianos en la lectura espiritual y eclesial de la Sagrada Escritura, de modo que este estudio comporte la plegaria y conduzca a un estilo de vida evangélico⁴².

Hay un tercer camino recomendado reiteradamente por el Sínodo Episcopal sobre la Palabra de Dios y que es muy tradicional en la Iglesia. Es la *lectio divina*, o lectura creyente y orante de la Biblia.

Somos una generación que no vive de la memoria, sino más bien de impresiones. La memoria es la capacidad de hacer una síntesis de lo que hemos vivido. La memoria para los cristianos es el recuerdo de la historia que Dios ha tejido para nosotros desde los inicios, y de esta manera se convierte en una síntesis de agradecimiento y de alabanza. La Palabra de Dios escrita en la Biblia nace de la voluntad de un pueblo de recordar las maravillas que Dios ha hecho. Por esto, la *lectio divina* nos pone en contacto con una cultura que se distingue por hacer memoria de los beneficios de Dios en el curso de la Historia de la Salvación, y esto nos permite recordar también los beneficios que Dios ha otorgado a nuestra propia vida, a la Iglesia y a la humanidad.

La *lectio divina* comienza con la lectura y relectura del texto bíblico para responder a esta pregunta: ¿qué es lo que quiso decir Dios a través del autor sagrado a los primeros destinatarios? Después viene la meditación con esta pregunta: ¿qué me

³⁹ *In Matheum, 2, 5.PG 57.*

⁴⁰ Jr 15,16.

⁴¹ Sal 119, 103.

⁴² Cf. Resolución 57

dice Dios a mí o a nosotros en la actual situación? Todo esto lleva a la plegaria, que responderá a los contenidos de la lectura y de la meditación. Cuando la plegaria ha ambientado nuestro espíritu, nace en una u otra medida la contemplación. Nuestro espíritu se concentra en Dios y contempla su vida, su entorno, el mundo con la mirada de Dios. La *lectio divina* puede acabar con el compromiso práctico que extraemos para nuestra vida⁴³.

Tendríamos que adentrarnos en este camino de la lectura orante de la palabra de Dios. Juan Pablo II ha dicho que "es preciso que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia"⁴⁴. Y Benedicto XVI ha dicho recientemente: "Estoy convencido de que si esta práctica se promueve eficazmente producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual... Nunca hemos de olvidar que la Palabra de Dios es luz para nuestros pasos y luz en nuestra senda"⁴⁵.

La proclamación, la catequesis y la homilía suponen la capacidad de leer y de comprender, de explicar y de entender la Palabra de Dios en el pensamiento y en el corazón. La liturgia de la Palabra no es un momento de meditación y de catequesis, sino de diálogo de Dios con su pueblo. Esto pide que los fieles se reúnan muy puntualmente para el inicio de la celebración litúrgica. Y, a la vez, la Sagrada Escritura ha de ser proclamada en la asamblea con la cualidad espiritual y técnica que le corresponde, conscientes de que Cristo está presente cuando se leen las Escrituras en la Iglesia.

Benedicto XVI, en la homilía de la misa de clausura del último Sínodo, manifestó que "todos los que hemos participado en los trabajos sinodales nos llevamos una renovada conciencia de que la tarea prioritaria de la Iglesia, en los inicios de este nuevo milenio, consiste, ante todo, en alimentarse de la Palabra de Dios, para hacer eficaz el compromiso de la nueva evangelización, del anuncio en nuestro tiempo. Ahora hace falta que esta experiencia eclesial sea llevada a todas las comunidades; es preciso que se comprenda la necesidad de traducir en gestos de amor la Palabra escuchada, porque sólo así se puede hacer creíble el anuncio del Evangelio". Esta misión nos pide un entusiasmo por la Palabra de Dios y un coraje para transmitirla que no siempre es una realidad común en nuestras comunidades cristianas.

En el trabajo que realizaremos para llevar a cabo este primer objetivo del Plan Pastoral nos ayudarán mucho las propuestas del Sínodo Episcopal sobre la palabra de Dios y, más adelante, la Exhortación Apostólica postsinodal que Benedicto XVI nos ofrecerá en su momento.

Segundo objetivo: Crecer en la solidaridad en medio de la crisis económica

Llevamos ya un tiempo viviendo las graves consecuencias de la crisis económica que está padeciendo el mundo. Son muchísimas las personas y las familias que sufren penurias por la falta de trabajo o por no disponer del subsidio de paro. Las parroquias y las comunidades cristianas son muy sensibles a esta realidad y se ven en dificultades para poder atender al creciente número de personas que piden ayuda incluso para lo más elemental, la comida. Toda la comunidad diocesana está

⁴³ Cf. *Acoger y transmitir la Palabra de Dios*, carta pastoral de los obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, cuaresma-pascua 2009, 44-51.

⁴⁴ *En el inicio del nuevo milenio*, 39.

⁴⁵ *Alocución a los miembros del Encuentro Internacional sobre la Sagrada Escritura*, 16 de septiembre de 2005.

llamada a ser solidaria con los pobres y a tomar posición ante la crisis económica, en sus causas y en sus efectos.

En estos momentos, Benedicto XVI nos ha hecho el don de su tercera encíclica "La caridad en la verdad", en la que pone de relieve que la caridad en la verdad es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de la persona y de la humanidad. A la vez, el documento pontificio señala que la economía necesita de la ética para su correcto funcionamiento y que es muy importante recuperar la contribución del principio de la gratuidad y de la "lógica del don" en la economía de mercado, en la que la norma no puede ser sólo las ganancias; pone también de relieve la necesidad del compromiso de todos, economistas y políticos, productores y consumidores, lo que presupone una formación de las conciencias que refuerce los criterios morales en la elaboración de los proyectos políticos y económicos.

Cabe observar que la crisis económica se ha debido directamente a los mecanismos económicos, financieros y sociales injustos. Pero estos mecanismos son obra nuestra y ningún sistema puede garantizar la plena justicia si no es contando con la conducta moral justa y responsable. El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Es tan necesaria la preparación profesional como la coherencia moral.

También es verdad que la raíz de la actual crisis económica, en sus últimas instancias, se encuentra en el grave y preocupante vacío moral que domina en todos los ámbitos de nuestra vida. Este mismo vacío moral permite que se pueda especular sin escrúpulos, o defraudar fiscalmente, o matar la vida humana concebida y no nacida, o echar a perder la naturaleza, pensando sólo en el propio beneficio⁴⁶.

El paro es una de las manifestaciones más evidentes y dolorosas de la crisis económica, no sólo por la gravedad que muestran las cifras actuales, sino también por las situaciones dramáticas que genera en las personas, en las familias y en muchos ámbitos y grupos sociales. Juan Pablo II, dirigiéndose a los trabajadores y empresarios en Barcelona, decía que "de un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en sí mismo. Se atrofian las capacidades del desarrollo personal, se pierde el entusiasmo, el amor al bien, surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas y entonces se cae fácilmente –sobre todo los jóvenes- en la droga, el alcoholismo y la criminalidad".

La crisis económica que vivimos nos interpela a todos y nos mueve a tomar las actitudes y las actuaciones pertinentes que puedan colaborar a la solución de la crisis. No hay duda de que a todos se nos pide crecer en la solidaridad, que es la expresión humana y cristiana de amor a los hermanos, en especial a los pobres y necesitados. La solidaridad pide compartir los bienes, pocos o muchos, con los que tienen menos. Pero la solidaridad no consiste sólo en dar bienes materiales; comporta también el poner nuestra persona, nuestro tiempo y nuestras capacidades al servicio de los demás.

Siguiendo estas ideas, la solidaridad – sinónimo de amor al prójimo- nos exige vivir sobriamente y con austeridad, no sólo por sintonía con los que se ven obligados a vivir así por falta de medios, sino también por las exigencias de una conversión personal y para poner los fundamentos de un cambio del sistema económico mundial. Necesitamos crecer en la valoración más del ser que del poseer, hemos de

⁴⁶ Cf. Cortés, A. *Ante la crisis económica*, 6 de diciembre de 2008, 5-7.

dominar el instinto desmesurado de ganancia y de posesión, hemos de comprender y aceptar la finalidad universal de los bienes de la creación y el sentido social de la propiedad privada, hemos de aceptar con todas las consecuencias que la persona humana, con su realización individual y social, es el centro de la sociedad y que el trabajo humano está a su servicio, etc.

Todo esto está también al alcance de cada uno de nosotros y de las microeconomías. Hemos de practicar en todos los ámbitos las "virtudes económicas", como son el realismo ante la ambición alocada, la transparencia y la honradez en nuestras operaciones comerciales y financieras, el endeudamiento en lo que es realmente necesario y en función de las posibilidades reales, evitar el consumismo compulsivo, etc.

El Concilio provincial Tarraconense dedicó el capítulo tercero a la "solicitud por los más pobres y marginados", y nos habla del uso de los bienes temporales de la Iglesia con especial atención a las exhortaciones que afectan a las actividades personales y colectivas, con una vida vivida con cristalina sencillez, haciendo presente de manera habitual la opción preferente por los pobres en la propia vida, destinando un tanto por ciento de los ingresos a los necesitados y dedicando una parte de nuestro tiempo libre a ayudar desinteresadamente a los demás, sea de forma espontánea, sea a través de un voluntariado. Y, con esto, el Concilio pide una educación sobre el sentido de la pobreza en todas las instancias educativas que conduzca a evitar el derroche de dineros y de medios⁴⁷. La Palabra de Dios nos dice que la inversión en justicia, honradez, verdad, trabajo, creatividad humana, respeto, derechos, fidelidad, etc., es la inversión más rentable.

La Iglesia no ha de ofrecer una solución técnica a la crisis económica actual, pero sí que ha de decir una palabra que ilumine las conciencias de los creyentes y de los hombres y mujeres de buena voluntad. Benedicto XVI ha subrayado que su encíclica "La caridad en la verdad" no ofrece soluciones técnicas a los grandes problemas sociales del mundo actual, cosa que tampoco le corresponde a la doctrina social de la Iglesia. Sin embargo, sí que ofrece los grandes principios indispensables para construir el auténtico desarrollo de las personas y de los pueblos.

Los laicos cristianos tienen como misión específica estar bien presentes y comprometidos en las estructuras y realidades de la sociedad. Esta es su tarea específica según los documentos del Concilio Vaticano II. Por esto, les corresponde a ellos, de acuerdo con su propia competencia y preparación, trabajar juntamente con todos los hombres y mujeres de buena voluntad en el conocimiento de las causas de la crisis económica y en la elaboración de soluciones justas y eficaces para superarla y construir un sistema económico mundial justo y solidario.

Benedicto XVI afirma en su última encíclica que "el desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración"⁴⁸. Los cristianos hemos de colaborar con todos los hombres y mujeres para encontrar soluciones a la crisis económica con todos los medios adecuados. Pero los cristianos podemos aportar un medio específico de los creyentes: la plegaria a Dios, creador del universo. Los cristianos, hombres y mujeres de fe, imitamos a María, mujer de fe, la cual en las bodas de Caná rogó a Jesús que solucionase el problema que tenían aquellos nuevos esposos, ya que faltaba vino; y el Señor, a petición de su madre, convirtió el agua en el vino mejor del banquete.

⁴⁷ Cf. Resolución 86.

⁴⁸ N. 79.

El desarrollo comporta tener en cuenta la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. "Todo esto –afirma el Papa– es indispensable para transformar los 'corazones de piedra' en 'corazones de carne', y hacer de este modo la vida terrenal más 'divina' y por tanto más digna del hombre"⁴⁹.

Benedicto XVI, en su encíclica social, ha puesto de relieve el papel positivo que tienen las religiones en el trabajo conjunto para el desarrollo, afirmando que "la religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir *sólo si Dios tiene un lugar en la esfera pública* (subrayado del texto original), con una referencia específica a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política. La doctrina social de la Iglesia ha nacido para reivindicar esta 'carta de ciudadanía' de la religión cristiana"⁵⁰. La exclusión de la religión del ámbito público impide el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano.

En la aplicación del segundo objetivo del Plan Pastoral es conveniente tener un mayor conocimiento y tomar una mayor conciencia de lo que está haciendo la Iglesia diocesana, las parroquias y las instituciones eclesiales ante la actual crisis económica. Habrá que reconocer todo lo que está haciendo Cáritas y muchas instituciones eclesiales de ayuda fraterna en la diócesis y habrá que potenciarlo con medios personales y materiales. Tendremos que seguir preguntándonos: ¿Cómo vivimos los efectos de la crisis económica? ¿Qué gestos y realidades de solidaridad aportamos? En todo cuanto reflexionemos y hagamos nos ayudarán mucho los contenidos de la encíclica de Benedicto XVI "La caridad en la verdad" y del "Compendio de la doctrina social de la Iglesia".

Tercer objetivo: Participar los inmigrantes en las comunidades cristianas

Nuestro país ha conocido diversos movimientos migratorios. La realidad de la inmigración, desde hace unos años, ha vivido un crecimiento constante en Cataluña. En poco tiempo, hemos pasado de seis millones de habitantes a siete millones y medio por la llegada de inmigrantes. Y si continúan las tendencias actuales, tanto la económica y del desarrollo en Europa como la demográfica de envejecimiento y de bajísimo índice de nacimientos, el número de inmigrantes en Europa irá en aumento en las próximas décadas. La Organización de las Naciones Unidas calcula que hasta el año 2050 Europa necesitará 159 millones de inmigrantes⁵¹.

Analizando la situación del movimiento migratorio en Europa, y sobre todo en nuestro país, se constata, lo acertada que es la formulación de Benedicto XVI el cual, en su mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado del año 2006, calificaba a la emigración como "uno de los signos de los tiempos" y en su encíclica social habla de la inmigración como un fenómeno social que marca época⁵². La actual realidad migratoria comporta una seria interpelación para todos:

⁴⁹ Id.

⁵⁰ N. 56.

⁵¹ Los extranjeros empadronados en España proceden de los siguientes continentes: Europa (42,8%); América (36,2%); África (16,3%); Asia (4,6%); y Oceanía (0,1%). Dentro del continente europeo los tres países con un número mayor de inmigrantes en España en términos absolutos son: Rumania (506.711); Reino Unido (298.623) y Alemania (150.570). Del continente americano: Ecuador (410.153); Colombia (258.354) y Argentina (184.613). Del continente africano: Marruecos (519.811); Argelia (44.432); Senegal (34.415). Y del continente asiático: India (20.554) y Filipinas (18.243). Los datos son del padrón municipal del 30 de septiembre de 2007, del Instituto Nacional de Estadística (Cf. Conferencia Episcopal Española, *La Iglesia en España y los inmigrantes*, 1).

⁵² Cf. N. 62.

individuos, sociedad y sus organizaciones, administraciones públicas e Iglesia. Nadie puede permanecer ajeno e indiferente ante un fenómeno de tal envergadura. El Papa en su encíclica social habla de la inmigración diciendo que es un fenómeno que impresiona por sus grandes dimensiones, por los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que suscita y por los dramáticos desafíos que plantea a las comunidades nacionales y a la comunidad internacional⁵³.

Centrándonos en la actual realidad de la inmigración de nuestro país, ésta ha experimentado un claro cambio de signo en los últimos años. No sólo porque hemos pasado, en dos décadas, de ser un país de emigración a ser uno de los países de Europa con un más elevado número de inmigrantes, sino también porque, además, este cambio o inversión de tendencia se ha realizado en poco tiempo y es proporcionalmente muy elevado en el número y muy variado en la procedencia, la lengua, la cultura, la religión, etc., de los inmigrantes⁵⁴.

Resulta obvio para todos que la presencia de inmigrantes se encuentra en todas las realidades de la sociedad y también de la Iglesia. Por esto, ya no se trata de programar una pastoral para inmigrantes, sino de tener muy en cuenta su presencia y participación en toda la pastoral diocesana. Queremos continuar trabajando en esta dirección, en el contexto que nos hemos marcado de una pastoral evangelizadora y misionera. En esta dirección está trabajando la Delegación Diocesana de Pastoral Social, que incluye la Plataforma de Entidades Cristianas con los Inmigrantes y Pastoral con Inmigrantes (PAI). Por todo ello, el interrogante de fondo ya no es: qué pastoral para los inmigrantes, sino este otro: qué pastoral hacemos con los inmigrantes.

De esta manera, el contenido del objetivo pastoral que nos proponemos busca la participación responsable y activa de los inmigrantes en las comunidades cristianas y en las instituciones eclesiales. Para la aplicación de este objetivo de nuestro Plan Pastoral nos puede ayudar mucho el reciente documento del episcopado español *La Iglesia en España y los inmigrantes*, de 22 de noviembre de 2007, publicado en *Documents d'Església* nn. 921-922, pp. 396-416⁵⁵. En los documentos de la Iglesia se habla de una pastoral específica y especializada para los inmigrantes. Pero pastoral específica no quiere decir pastoral paralela y mucho menos lo que decía Juan Pablo II: "una pastoral marginada para marginados". Quiere decir una pastoral encuadrada y coordinada en el Plan Pastoral.

Nuestras Iglesias diocesanas afrontan hoy un reto inédito y fundamental: evangelizar un "mundo nuevo", originado en nuestra propia casa. El talante evangelizador de la búsqueda del hermano, de diálogo y de acogida, se ha de cultivar con todas las personas que provienen de otros lugares y culturas, pero especialmente con los inmigrantes católicos y cristianos. Los problemas que les agobian producen el efecto de que no sea prioritario para los inmigrantes católicos el buscar una comunidad en la que integrarse. Esto pide a nuestras comunidades que estén muy atentas y abiertas a estos hermanos⁵⁶. Ante el fenómeno de las migraciones, la Iglesia recuerda su experiencia y su vocación misionera⁵⁷.

La presencia de los inmigrantes de otras religiones entre nosotros nos plantea cada vez con más claridad que un reto importante del cristianismo contemporáneo es el de vivir en la pluralidad religiosa. El respeto a las identidades nos indica una nueva

⁵³ Cf. Id.

⁵⁴ Cf. EEI, n.1.

⁵⁵ Lo citaremos en adelante como EEI.

⁵⁶ Cf. EEI, n. 4 c.

⁵⁷ Cf. Asamblea Extraordinaria para Europa del Sínodo de Obispos, *Declaración final*, de 1999, 11.

experiencia de vida en el camino de la fraternidad, tanto intercristiana como interreligiosa. No podemos olvidar que Juan XXIII decía – hablando de los cristianos – que es mucho más lo que nos une que aquello que nos separa. Pero al mismo tiempo que respetamos la identidad de los hermanos, necesitamos vivir intensamente la propia identidad. Sólo es posible el enriquecimiento mutuo si conocemos, valoramos y amamos la propia identidad.

Nuestro país y nuestra Iglesia cuentan con una larga y rica tradición de acogida y de integración de grupos humanos de diversas procedencias, etnias, culturas y religiones. Como tierra de marca o de paso, desde los comienzos ha sido capaz de incorporar a su proyecto de pueblo los “homines undecumque tenientes” del norte y del sur⁵⁸. Pastoralmente, los sacerdotes y los fieles, las parroquias y las instituciones eclesiales han realizado especialmente con la inmigración de los años 60 del siglo pasado y están realizando actualmente con esta nueva inmigración, un buen trabajo de acogida efectiva y afectiva.

La inmigración no es solo un problema; es, ante todo, una oportunidad de acogida, de dialogo y de integración. Los inmigrantes contribuyen de manera significativa con su trabajo al desarrollo económico del país que les acoge, así como al de su país de origen a través de los envíos de dinero⁵⁹. La presencia de los inmigrantes entre nosotros constituye una oportunidad histórica para la Iglesia en muchos aspectos, puede calificarse de una gracia, de un verdadero *kairós*. Destaquemos algunos aspectos.

La presencia de los inmigrantes nos proporciona la oportunidad de acogerlos y de recibir de ellos, con su trabajo y servicios sociales, sus dones y su riqueza espiritual. La participación de los inmigrantes católicos en nuestras comunidades supone un fortalecimiento y un enriquecimiento de estas comunidades, por su juventud y por la riqueza que aportan con sus valores y con la variedad de sus expresiones y tradiciones. Una buena parte de los inmigrantes son católicos, aunque de distintas culturas y tradiciones, como son los latinoamericanos, o los procedentes de Filipinas o de África, o los católicos de los países del Centro y el Este de Europa, a los que no se puede tratar de una manera uniforme. Hay también un buen número de católicos de rito oriental que exigen un trato diferenciado por causa de su rito. Contamos también con un número de personas, no muy elevado, de tradición protestante y anglicana, así como con numerosos fieles ortodoxos griegos, rusos, rumanos, etc. Son numerosos los fieles seguidores del Islam⁶⁰.

La Iglesia diocesana ha de incorporar a su pastoral ordinaria una acción claramente misionera con las características propias del primer anuncio, en especial teniendo presentes a los inmigrantes no cristianos. La presencia de inmigrantes ortodoxos, de la Reforma y de otras religiones, constituye para nuestras Iglesias diocesanas una oportunidad para el diálogo y el trabajo ecuménico y también para el diálogo interreligioso. En Barcelona tenemos la Delegación diocesana de Ecumenismo y relaciones interreligiosas y está constituido el Grupo Estable de Trabajo de Religiones integrado por diversas confesiones religiosas que colabora positivamente en las relaciones interreligiosas. Existe una constante relación entre el Arzobispado y los diversos ritos católicos y ortodoxos para facilitarles lugares de culto y ayudarnos en la tarea de la evangelización. El año 2010 se celebrará en Barcelona el Encuentro Internacional e Interreligioso de Oración por la Paz que organiza la Comunidad de San Egidio, manteniendo el espíritu del Encuentro de Asís del año 1986, en el que Juan Pablo II convocó a la ciudad de San Francisco a los

⁵⁸ Cf. Obispos de Cataluña, *Raíces cristianas de Cataluña*, 27 de diciembre de 1985.

⁵⁹ Cf. Benedicto XVI, *La caridad en la verdad*, N. 62.

⁶⁰ Cf. EEI, 1.

representantes de las grandes religiones del mundo para orar por la paz. Este Encuentro de 2010 nos puede ayudar a intensificar las relaciones ecuménicas e interreligiosas con el gran número de inmigrantes que viven en nuestra archidiócesis. Hemos de dar mucha importancia a la celebración de la Semana de Oración para la unidad de los cristianos.

El fenómeno migratorio sitúa hoy a la Iglesia diocesana, a las parroquias y a las comunidades y fieles ante el reto, nada fácil, de caminar desde una Iglesia monocultural a una Iglesia pluricultural, universal, católica. Por esto, es necesario un espíritu de conversión. También los inmigrantes han de recorrer su camino de purificación para situarse en la nueva comunidad que les acoge.

En la atención, la acogida, el trabajo con los inmigrantes y en la participación de los inmigrantes católicos en las comunidades cristianas, la comunión adquiere una especial relevancia y se convierte en una de las expresiones más características de la Iglesia, llamada a ser la casa de todos. Hemos de aprender a reconocer y agradecer la diversidad y la complementariedad de las riquezas culturales y de las cualidades religiosas y morales de unos y otros.

Nuestra realidad migratoria impulsa a la población autóctona y a los inmigrantes a avanzar por caminos de universalidad, ya que para la Iglesia no hay nadie, en ninguna parte, que sea forastero. Los inmigrantes son unos agentes providenciales que ofrecen a la Iglesia diocesana la oportunidad de realizar más intensamente su vocación católica. Una vocación que va más allá de la acogida y de la tolerancia hacia las diversas culturas, ya que consiste en hacer realidad la comunión entre ellas, y que también va más allá de la comunión entre los bautizados, manifestándose, entre otras formas, en la hospitalidad ofrecida al forastero, sea cual sea su pertenencia religiosa, en el rechazo a toda exclusión o discriminación racial y en el reconocimiento de la dignidad de cada persona, con el compromiso de promover sus derechos inalienables.

En el Plan Pastoral se indican algunas acciones para conseguir una mayor participación de los inmigrantes en la vida y en las actividades de las parroquias y comunidades cristianas. No obstante, se trata de acciones indicativas, porque en cada lugar se verá qué acciones concretas conviene llevar a cabo, atendiendo a la realidad de la inmigración y al proceso que se haya seguido en orden a la participación de los inmigrantes.

El *kairós* de la inmigración, en especial de la católica, no evita a nuestras comunidades las posibles dificultades que podamos encontrar en este proceso que estamos siguiendo de encuentro con nuestros hermanos que han venido de otras tierras lejanas, de acogida, de celebración de la fe y de participación como miembros de plena derecho de las comunidades cristianas. El espíritu de amor y de comunión que todos llevamos en nuestros corazones ofrece soluciones a las dificultades que se vayan planteando.

Conclusión

Jesús, en el evangelio de San Juan, nos dice que nos ama desde toda la eternidad y para toda la eternidad, y que nos ama infinitamente y gratuitamente, porque es así como el Padre le ama a Él. Nos ha dicho, asimismo, que somos sus amigos y que ha sido Él quien nos ha elegido y que no hemos sino nosotros quienes le hemos elegido a Él. Y el Señor nos ha elegido –son sus mismas palabras– porque nos ha confiado la misión ir a todas partes y dar fruto, un fruto que dure para siempre⁶¹.

⁶¹ Cf. Jn 15, 9-17.

Por supuesto, todo esto nos anima mucho para entregarnos a trabajar más y más en la evangelización, en el anuncio explícito de Jesucristo a todas las personas con las que convivimos. Las palabras de Jesús nos animan a entregarnos a trabajar en la aplicación de los objetivos del nuevo Plan Pastoral Diocesano 2009-2011, sintiéndonos miembros de la Iglesia diocesana, en la que está presente y operante toda la Iglesia de Jesucristo, una, santa, católica y apostólica, que vive y lleva a cabo la comunión y la misión.

Y Jesús nos dice: "Id por todo el mundo y anunciad la buena nueva del evangelio a toda la humanidad" (Mc 16,15), y también: "Yo estoy con vosotros día tras día hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

Encomendamos nuestro trabajo para realizar una pastoral diocesana misionera y evangelizadora y para la aplicación de los objetivos del Plan Pastoral a la intercesión de Nuestra Señora de la Merced, para que, como en las bodas de Caná, obtenga de Jesús el vino mejor del banquete, es decir, la realización fiel y fecunda de la misión de nuestra estimada Iglesia diocesana de Barcelona.

Barcelona, 24 de septiembre de 2009, solemnidad de Nuestra Señora de la Merced

+ Lluís Martínez Sistach
Cardenal Arzobispo de Barcelona